

# El estanque de azufre

Francisco J. Lauriño



*El autor recibió una ayuda a la creación literaria para la redacción de este libro, otorgada en 2006 por la Consejería de Cultura, Comunicación Social y Turismo del Gobierno del Principado de Asturias.*

© Francisco J. Lauriño, 2007

ISBN: 978-84-96536-64-7

Depósito legal: BI-0667-07

Diseño, maquetación y producción: Joseba Berriotxoia - [www.erroteta.com](http://www.erroteta.com)

Impresión: [cuatroas@cuatroas.com](mailto:cuatroas@cuatroas.com)

Printed in UE.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, grabarse o transmitirse en forma alguna, cualquiera que sea el método utilizado, sin autorización expresa por escrito de los titulares del Copyright.

# El estanque de azufre

Francisco J. Lauriño





## ÍNDICE

Lápida.....	9
La obsesión de Disdéri .....	55
Abismos.....	79
Hemoglobina .....	81
El murallón.....	103
Encuentro en Dublín .....	113



“Tomé el libro de la mano del ángel y me lo comí; era dulce como la miel a mi boca, pero en cuanto me lo comí se me llenaron de amargura las entrañas.”

*APOCALIPSIS, 10,10*



## **LÁPIDA**



**NOTA IMPORTANTE**

Después de una ardua y enrevesada investigación –y que lo fue aún más debido a las trabas puestas por las autoridades administrativas y las judiciales, la prensa y la Universidad de Oviedo–, pues eran los hechos en verdad extraños, he llegado a la conclusión de que el autor de este cuento desea ocultar su nombre por diversas razones, pero, sobre todo, porque *todo* lo narrado sucedió *realmente*. Así pues, los personajes son verdaderos y perfectamente identificables, aunque en la relación de los hechos aparezcan con los nombres cambiados; los escenarios, quizás para alejar cualquier presunción de verosimilitud, fueron asimismo alterados por la anónima mano que los describió: de hecho sucedieron en Asturias, siendo así que el edificio no es otro que la actual sede de la Consejería de Cultura, sita en la ovetense plaza del Sol. La censura al público de estos sorprendentes acontecimientos se debe, sin duda, al pacto de silencio que, por razones obvias, implicó a los diversos poderes que se vieron obligados a actuar. De haberseles dado publicidad, tal vez la conmoción social causada habría sido de tal magnitud que las autoridades se habrían visto en una situación muy difícil.



La penumbra y el silencio del despacho lo hacían parecer vacío. La pequeña ventana del semisótano, que daba a la calleja, tenía entreabiertas las contraventanas; al otro lado, los adoquines quedaban a la altura de los ojos, así que no era buen lugar para observar a los transeúntes, a menos que alguien quisiera mirarles los pies. Una mesa, con su sillón ajustable y sus dos confidentes, miraba hacia la puerta, que empezaba a abrirse en aquel momento. La inconfundible figura de Cortina, con sus hombros enormes y sus manos como palas, se recortó un instante en la luz de afuera y, luego, penetró en la estancia. Dejó caer el maletín sobre la mesita lateral y abrió las contraventanas. La luz se resistía a inundar el despacho, porque era oscuro de por sí. Hizo ademán de encender el flexo pero, en ese instante, una segunda figura, después de entrar con mucha prisa, se lo impidió.

—Cortina, déjalo. No enciendas. Habrá luz más que suficiente.

—Pero, ¿que coño te pasa, Antón? No se ve un carajo aquí dentro. Nunca entra la luz de la calle. Si lo sabré yo, que trabajo en este sitio de ocho a tres.

—Este no es un trabajo normal, no necesitamos la luz eléctrica —Antón, el intruso, ya estaba al lado de

Cortina y le sujetaba la mano. El arqueólogo de la Consejería estaba sorprendido más que indignado. No se explicaba que aquel antiguo compañero de facultad, y actual colaborador, se comportara así en su propio despacho. Pero era tolerante y se lo aguantó, al menos hasta obtener la explicación completa.

–Bueno, está bien... No enciendo, pero no sé cómo vamos a ver, con esta penumbra.

Antón salió del despacho y recogió algo que había dejado a la puerta. Con evidente esfuerzo acercó a la mesa un paquete grande y muy pesado. Entre los dos lo levantaron y lo dejaron reposar sobre el tablero. Luego salieron y, juntos esta vez, regresaron con otro paquete idéntico al primero y lo colocaron junto a él.

–Esto me da muy mala espina, Antón.

–Cierra. Cierra con llave.

–Pero tú estás tonto. Hace días que te noto muy ido. No sé si no te estarás poniendo malo. Corren rumores de que esa historia de la excavación te ha cambiado. Y yo, que pude verte todos los días, no puedo decir que no sea así.

–Tonterías. ¡Pero cierra de una vez!

–¿Para qué vamos a cerrar? Aquí no nos va a molestar nadie; este es un centro de trabajo.

–Cierra con llave, te digo. Lo que vas a ver es increíble. Y podría ser muy peligroso.

–Graciosísimo. Si es peligroso, mejor dejar abierto para salir pitando, ¿no te parece?

–No te guases. Lo que pueda salir de aquí, de este experimento que te voy a proponer, puede lesionar a personas o a cosas de la Consejería. No quiero que luego nos echen la culpa a los arqueólogos. Ya sabes cómo son los políticos y los burócratas.

–Que no cierro, coño. Sea lo que sea, esto es parte del trabajo, aunque sea ir un poco más allá de las ordenanzas. Y ¡ojo!, que yo también soy un burócrata –acabó por quitarse la cazadora que habitualmente utilizaba para sus trabajos de campo, la dejó en el perchero y se sentó ante los dos paquetes, sin dejar de mirar a su compañero.

Antón comenzó a desenvolver el primero de ellos. Venía liado en papel de embalar, sujeto con anchas y abundantes cintas adhesivas. Debajo del papel una caja de cartón grueso dejó ver sus filamentos. Abrió las solapas y extrajo una losa de piedra, reforzada en sus imprecisos contornos por un aislante plástico.

–Me cago en la puta, Antón. Ya sabía yo que me ibas a comprometer. Llévate eso de aquí ahora mismo. Me juego el puesto y hasta que me metan en la cárcel por tu culpa. ¿Habrás visto? No, si donde ya me parecía que estabas lelo. Venga, coge eso y lárgate. Pero ya –ahora sí estaba indignado. Cortina sacó un cigarrillo a la vez que hacía aspavientos a su colega señalándole la puerta.

–Déjame que te explique...

–Explicar... Lo de cerrar con llave por algo tenía que ser... No me jodas, no me jodas...

–Mira, Cortina –se dirigió a la puerta resueltamente–: Lo único que quiero es que un colega vea cómo funciona –dio una vuelta al pomo y la cerradura quedó bloqueada para cualquier visitante del exterior–. No quiero fastidiarte, ni mucho menos que te echen del trabajo por culpa mía. Pero eres el único que puede entender algo. Los de la Universidad no quieren prestarle atención y por eso tuve que hacerlo. Para ellos la lauda es tan sólo un hallazgo arqueológico que debe reposar en un museo, después de haberlo catalogado y esas cosas.

–Y para mí también, coño–. La indignación había dado paso a la preocupación por el antiguo compañero, al que Cortina ya creía completamente loco.

–Ya, pero tú tienes una sensibilidad especial que no tienen ellos. No andas por ahí con el tema de la profesionalidad que ellos oponen a lo que consideran elucubraciones, mitos, como me dijo la tontalculo esa de Altolaguirre, que no se sabe de qué va.

–Pues va de que es una autoridad mundial en la materia. Hasta te metes con la Profe. Pero bueno, ¿no eras tú uno de sus grandes admiradores? Cómo has cambiado, Antón.

–De sabios es rectificar. Además, Cortina, tú sabes que la piedra es mía. Yo la encontré. A mí me corresponde utilizarla. Conseguir el sortilegio.

–Estás majareta. Tiene razón la Profe. Y, además, eso que hay ahí es el producto de un robo. Y esto es un organismo oficial, para el que yo trabajo. Y hasta tú, aunque tengas un mero contrato administrativo.

Estás en una situación muy fea, Antón, y me estás comprometiendo también a mí. ¿Cómo coño te has hecho con ella?

—Mira, Cortina, no lo entiendes. Estamos a punto de hacer un descubrimiento que va a cambiar la historia. Me importa un bledo que sea el producto de un robo.

—No me has contestado, ¿cómo es que la tienes tú?

—Porque es mía. Porque me pertenece. Con un poco de ayuda, de amigos, pero sobre todo de ese sujeto, Kirk Billard me dijo que se llamaba. Hablé con él por teléfono varias veces. Siempre en inglés. La piedra apareció sin más en mi casa. Así de simple.

—¿No dices que te ayudaron los amigos? ¿La robasteis pero tú me dices que apareció en tu casa sin más? Estás chalado, Estrada.

—No. No. Los amigos me ayudaron en cosas, digamos, de intendencia, de transporte y eso... Y esto no es nada en comparación con lo que vamos a ver dentro del otro paquete.

—No, Antón, no. Esto ya es demasiado. No me hagas imaginarme lo que me imagino... ¿Es...?

—No quiero ser cínico contigo, Cortina. Así que voy al grano —se puso a desenvolverlo, mientras los dos contemplaban la estela funeraria robada a los vecinos de Villanueva de la Noche, que estaba allí, sobre la mesa de Cortina, al lado mismo del paquete de igual tamaño al que la había transportado, y la cara de estupefacción de Cortina se puso blanca, roja y lívida sucesivamente. Se le hincharon las venas de la frente y las del cuello y ya no pudo más.

–Voy a llamar a la policía. Eres un inconsciente...  
–hizo ademán de descolgar el teléfono, pero el otro se lo impidió con cierta violencia. En un cuerpo a cuerpo Antón tendría todas las de perder, porque la corpulencia del funcionario era muy superior. Sin embargo, no llegaron a las manos. Cortina no completó su gesto y se quedó en actitud de espera.

–Déjame, por favor. Déjame. Que sí. Que es la Eumolpus Tertius del Museo Británico. Que sí. Ya sé que toda la Interpol anda detrás, porque Scotland Yard no pudo hacer nada para encontrarla en Gran Bretaña. Y suponían, acertadamente por otra parte, que la lauda estaba fuera del país. Y aquí está, gracias a Billard, que es algo así como un fantasma. ¿No es una maravilla?  
–terminó de desenvolverla y la dejó a los ojos de Cortina en todo su esplendor–. Sólo la habías visto en fotografía, Cortinina; ni siquiera en el Museo la tenían expuesta al público.

–Pero, pero...

–Es como un agolpamiento. Es como una fuerza que tira de mí hacia ella. Todas las dificultades se van deshaciendo como si fueran de polvorón. La lauda me quiere a mí. Ella hace todo lo posible para llegar. Billard, quizás las mafias, la robaron; los viajes, los escondites, todo; es como si una fuerza superior al hombre la moviera, la hiciera actuar como si tuviera vida propia. ¿No es algo increíble? ¿Qué nos importa que sea un robo, ni que ande la policía de medio mundo detrás de ella? Además, es muy poco racional lo que está pasando para que podamos hablar de un simple

robo. ¡Qué nos importa la realidad si podemos trascenderla!

—¿Has dicho mafias? —Cortina que, pese a estar muy nervioso, empezaba a ceder en su cabreo, dejaba paso, poco a poco, a una enorme curiosidad. Aunque estaba sorprendido por lo del robo organizado, las dos laudas reposaban ahora en su mesa, y ya no llamaría a la policía, lo había decidido. Al fin y al cabo —se decía—, la historia avanza no sólo por hallazgos más o menos premeditados, sino también por expolios, robos, asesinatos... —y se sorprendía a sí mismo pensando como un criminal, y decidía seguir haciéndose el duro delante de Antón Estrada porque, pese a todo, seguía muy preocupado por las consecuencias que podía tener aquello. Además, tenía que ser cauto, porque, de lo contrario, no sólo iba a perder el trabajo, sino también a cubrirse de infamia para siempre. Sin embargo, empezaba ya a plantearse cómo podría hacer para analizar el material, eso sí, devolviéndolo después, sin sufrir ninguna de las consecuencias que, por hacerlo, amenazarían su vida profesional.

—Bueno, es un suponer, lo de las mafias. En realidad no sé nada. Sólo lo que me ha dicho Billard, y eso y nada es todo uno, porque él tan sólo hizo de remitente, me dio instrucciones, esas cosas —bajaba la voz, como si alguien pudiera oírles al otro lado de la puerta—. Lo hicieron profesionales. A mí me vino dado. Por eso digo que es como si una fuerza superior se afanara en que las laudas llegaran a mí —le pidió ayuda a Cortina para levantar la de Eumolpus y, entre los dos, colocaron un objeto sobre el otro, cara con cara.

Entonces, algo imprevisto, inverosímil, sucedió.

—En realidad fue todo tan f... —no le fue posible acabar ‘fácil’-‘fácil’-‘fácil’, la palabra en eco, frágil la voz: porque lo que sucedía era una contradicción visible de cualquier principio de la física. Las piedras se iluminaron, tenuemente primero, luego con intensidad. Una luz derramada, frágil como el eco de la voz fácil, una luz que repentinamente ya no era frágil, sino derramada como de metales fundidos que hirieron la vista de Cortina, y, fácil, fácilmente, su estupefacción se volvió colosal. No podía dar crédito a lo que estaba viendo.

Pero los acontecimientos que iban a tener lugar unos segundos más tarde eran todavía más imprevisibles, más aterradores: la lauda castellana cedió, literalmente, como si su materia fuese moldeable, al peso de la latina. Las dos se fundieron entonces en una sola y sobre la mesa apareció un objeto único, de indecible y metálica luminosidad, de un color inexistente, inexplicable, inefable. Las voces, y los chirridos —que el cabo C. Palacios y el número Severino García, de estar presentes, habrían reconocido al instante como las que parecían salir de ultratumba en aquel viejo cementerio rural—, distorsionaron la percepción de la realidad que creyó tener Cortina y aquella fue su última realidad posible, porque nunca más volvió a ser un hombre cuerdo.